

zadas, arrancaban tranquilamente los largos tallos de heno que colgaban del techo.

Visto lo cual, Escamuturra hizo seña al huésped, que las empujó hacia el fondo de la cabaña y arrojó á cada una un haz de forraje.

Mientras tanto, mis compañeros se habían instalado, quien sobre un fardo, como yo, quien sobre una silla de montar puesta en el suelo; Azcoaga se había tendido cuan largo era, envuelto en su muleta.

El huésped había amontonado en la chimenea algunos haces de retama sobre un lecho de hojas secas. Acercó á éstas su antorcha de resina; en un abrir y cerrar de ojos, una gran llamarada subió chisporroteando por la chimenea lanzando torbellinos de chispas, y una hermosa claridad oscilante y rojiza, inundando la cabaña, hizo destacar en los sombríos rincones las grupas de las mulas, la jaula de los pollos, el becerro dormido, los trabucos escondidos, la roca, el riachuelo, los tallos de paja que colgaban del techo como hilos de oro, los ásperos semblantes de mis compañeros y los ojos huraños del asustado muchacho.

Los dos morillos negros con fauces de monstruos se destacaban de un fondo de brasa ardiente y parecían dos perros del infierno jadeantes en el brasero.

Pero nada de todo eso, lo confieso, me llamaba la atención, que estaba completamente absorta hacia otra parte.

Acababa de realizarse un gran acontecimiento en la cabaña.

¡El huésped había descolgado la sartén del clavo!

XIII

CAUTERETS

Á LUIS B.

Cauterets.

Os escribo, querido Luis, con los ojos más malos del mundo. No obstante, el escribiros es una agradable y antigua costumbre que no quiero perder. No quiero dejar caer una sola piedra de nuestra amistad. Hace ya veinticinco años que somos hermanos, hermanos de corazón, hermanos de pensamiento. Vemos la creación con los mismos ojos, y vemos el arte con el mismo respeto. Vos admiráis á Dante, como yo admiro á Rafael. Hemos atravesado juntos muchos días de lucha y de prueba sin que se debilitara nuestra simpatía, sin retroceder un paso en nuestro cariño. Permanezcamos, pues, hasta el último día lo que hemos sido desde el primero. No cambiemos nada de lo que ha sido tan bueno y tan dulce. En rís, démonos las manos; ausentes, escribámonos.

Necesito, cuando estoy lejos de vos, que una carta vaya á deciros algo de lo que veo, de lo que pienso, de lo que siento. Esta vez será más corta, es decir, menos larga que de costumbre. Mis ojos me fuerzan á ahorrar los vuestros. No os sepa mal; así tendréis menos molestia con la misma amistad.

Vengo del mar y estoy en la montaña. Lo cual, por decirlo así, no es más que cambiar de emoción. Las montañas y el mar hablan al mismo lado del espíritu.

Si estuvierais aquí (no puedo evitar el tener constantemente esta ilusión) ¡qué vida más agradable pasaríamos juntos! ¡Qué cuadros os llevaríais en vuestra imaginación para darlos luego al arte, más hermosos aún que los que os daría la naturaleza!

Figuraos, Luis, que me levanto todos los días á las cuatro de la mañana, y que á aquella hora, á un tiempo sombría y clara, me voy á la montaña. Ando á lo largo del torrente, penetro en la más agreste hondonada, y á pretexto de templarme en el agua caliente y de beber azufre, gozo todos los días de un nuevo, inesperado y maravilloso espectáculo.

Ayer, la noche estuvo lluviosa. El aire era frío y los mojados abetos eran más negros que de ordinario. Las brumas subían de todas partes de los barrancos como las humaredas de las grietas de una solfatara. Un ruido espantoso y terrible salía de las tinieblas, abajo, en el precipicio, bajo mis pies; era el grito de rabia del torrente oculto por la niebla. No sé qué de vago, de sobrenatural y de imposible mezclábase á aquel paisaje; todo era tenebroso y estaba como meditabundo en torno mío; los inmensos espectros de las montañas se me aparecían por los intersticios de las nubes como á través de sudarios desgarrados. El crepúsculo no alumbraba; únicamente, por una grieta encima de mi cabeza, divisaba

á lo lejos en el infinito un rincón de cielo azul, pálido, glacial, lúgubre y brillante. Todo lo que distinguía de la tierra, rocas, bosques, praderas, glaciares, se movía confusamente entre los vapores y parecía huir, arrebatado por el viento á través del espacio en una gigantesca red de nubes.

Esta mañana, la noche ha sido serena. El cielo estaba estrellado; pero ¡qué cielo y qué estrellas! Con esa frescura, esa gracia, esa transparencia melancólica é inexplicable de la mañana, las estrellas claras sobre el cielo blanco, semejan una bóveda de cristal sembrada de diamantes. A esa bóveda luminosa se apoyan por todas partes las enormes montañas, negras, vellosas, deformes. Las de oriente recortaban en su cima sobre el más brillante cielo del alba sus abetos que parecían esas hojas que los pulgones devoran, dejando nada más que las fibras que forman un encaje. Las de occidente, negras en su base y en casi toda su altura, tenían en su cumbre una sonrosada claridad. Ni una nube, ni un vapor. Una vida obscura y simpática animaba el tenebroso declive de las montañas; distinguíase la hierba, las flores, las piedras, los brezos, en una especie de hormigueo dulce y alegre. El ruido del torrente ya no tenía nada de horrible, y era un gran murmurio que se dejaba oír en aquel alto silencio. Ninguna idea triste, ninguna ansiedad salía de aquel conjunto lleno de armonía. Todo el valle era como una inmensa urna, donde el cielo, durante las horas sagradas del alba, derramaba la paz de las esferas y el resplandor de las constelaciones.

Me parece, amigo mío, que esas cosas son algo más que paisaje. Es la naturaleza entrevista en ciertos momentos misteriosos en que todo parece soñar, iba á decir casi pensar, en que el alba, la roca, la nube y el matorral viven más visiblemente que en

otras horas y parecen estremecerse al sordo palpitar de la vida universal.

Visión extraña y que para mí se halla muy próxima á la realidad: durante el tiempo que permanecen cerrados los ojos del hombre, algo desconocido aparece en la creación. ¿No lo creéis así también? ¿No se diría que en los momentos de sueño, cuando el pensamiento cesa en el hombre, comienza en la naturaleza? ¿Será porque la calma es más profunda, el silencio más absoluto, la soledad más completa, y que entonces el soñador que vela puede sorprender mejor, en sus sutiles y maravillosos detalles, el hecho extraordinario de la creación? ¿O bien hay efectivamente alguna revelación, alguna manifestación de la grande inteligencia entrando en comunicación con el gran todo, alguna nueva actitud de la naturaleza? ¿Cuando no estamos presentes se siente la naturaleza más á su sabor? ¿Se desenvuelve más libremente?

Lo que es cierto es que, en apariencia al menos, hay para los objetos que consideramos inanimados una vida crepuscular y una vida nocturna. Esa vida no está tal vez más que en nuestro espíritu; las realidades sensibles se nos presentan á ciertas horas bajo un aspecto inusitado, y nos conmueven; prodúcese un espejismo dentro de nosotros, y tomamos las ideas nuevas que nos sugieren por una nueva vida que tienen.

Ahí tenéis las preguntas. Decidid. Por mi parte me limito á soñar. Consagro mi espíritu á contemplar el mundo y á sondear sus misterios. Y paso mi vida entre una admiración y un interrogante.

XIV

GAVARNIE

Quando se ha pasado el puente de los Darroucats y se está nada más que á un cuarto de hora de Gèdre, sepáranse de pronto dos montañas y os descubren una cosa inesperada.

Tal vez hayáis visitado los Alpes, los Andes, las Cordilleras; por algunas semanas tenéis á la vista los Pirineos; sea lo que quiera lo que hayáis podido ver, lo que presenciáis ahora en nada se parece á lo que habéis hallado en otras partes. Hasta aquí habéis visto montañas; habéis contemplado excrecencias de todas formas, de todas alturas; habéis explorado cumbres verdes, laderas de gneis, de mármol ó de esquisto, precipicios, cimas redondas ó dentelladas, glaciares, bosques de abetos confundidos entre nubes, pináculos de granito; pero, lo repito, no habéis visto en ninguna parte lo que veis en este momento en el horizonte.

En medio de las curvas desiguales de las montañas erizadas de ángulos obtusos y de ángulos agudos, aparecen bruscamente líneas rectas, simples, tranquilas, horizontales y verticales, paralelas ó cortán-